Adolfo Yáñez, 32º

EL R. E. A. A., UN CAMINO PARA ENCONTRARNOS CON NOSOTROS MISMOS

En esta agitada época en la que vivimos, son muchos los temas que al ser humano le obligan a estar "fuera de sí", desbordado hacia lo exterior: familia, trabajo, compromisos sociales, tentaciones consumistas, etc. Y sufre, a veces, la desagradable sensación de que invierte su tiempo en todo menos en él, por lo que (si a esa situación que padece le da la importancia que realmente tiene) siente la urgente necesidad de parar, de alejarse de cuanto le rodea, adentrarse en sus propios campos interiores y cultivar mucho más su propia esencia y su propio espíritu. Necesita "en- si-mis-mar-se". No para caer en tontos idilios con él mismo, sino para reconocerse, observarse con algún detenimiento y percibir a pleno pulmón el aire de la vida en la que se encuentra, vida que va a disfrutar una sola vez y que merece la pena consumirla con la mayor intensidad y dignidad posibles. Nada hay, ciertamente, más estéril ni más triste que derrochar años y años distraídos en múltiples asuntos y sin apenas encontrar tiempo para averiguar quiénes somos realmente, qué sentido exacto conviene dar al regalo milagroso de existir y qué huella nos proponemos dejar en este mundo por el que fugazmente transitamos.

El Rito Escocés Antiguo y Aceptado es para los masones una eficaz solución a los frecuentes descarríos existenciales que la modernidad impone a los seres humanos. Se trata de un camino iniciático que nos hace tomar conciencia de nuestra realidad y que nos lleva a encontrarnos con nosotros, descubrir nuestra exacta verdad, pulir deficiencias y mejorar. El escocismo es eso, una larga senda que ofrece nobles horizontes que perseguir y que nos permite reorientar nuestros pasos cuando tenemos la sensación de hallarnos perdidos. Además de señalarnos lo que merece la pena que hagamos con nuestra vida, nos empuja también a entregarnos a la señorial tarea de servir al resto de seres humanos. Sus distintos grados, a medida que los vamos recorriendo, no son otra cosa que un paulatino y detallado acercamiento al hombre que llevamos dentro y a la sociedad que debemos construir entre todos.

Resulta fácil comprobar que esta sociedad de la que hablo y que nos ha tocado en suerte es una sociedad deshumanizada, convulsa, excesivamente competitiva, que nos empuja a desbordarnos y a salirnos de nuestros cauces más íntimos. Ya desde niños, padres y educadores nos obligan a dejar de lado las apetencias naturales de la niñez y nos inculcan la necesidad de, mediante el estudio y el aprendizaje, mimetizarnos al máximo con la realidad que nos espera. Se nos dice que debemos prepararnos para no quedar atrás en el duro maratón de retos que afrontaremos en la edad adulta, un maratón en el que hay que correr y correr siempre si no deseamos caer derrotados ante los demás o ante los múltiples avatares que surgirán de continuo. Las dificultades que se nos anuncian en la infancia se hacen realidad luego, efectivamente, en la adolescencia, en la juventud, en la madurez e incluso en la vejez. por lo que nos vemos obligados a convertir nuestro paso por la tierra en una sucesión de esfuerzos constantes. Día tras día, debemos pensar en todo menos en nosotros, mientras el tiempo se nos escapa dejándonos la horrible sensación de que vivimos sin vivir. A veces, esa sensación se agigante y se hace dolorosa en extremo, pues al llegar a cierta edad y al echar la vista atrás, constatamos que hemos quemado la existencia sin hacer otra cosa que ocuparnos de asuntos que se nos antojaban imperiosamente necesarios, o atendiendo labores profesionales, necesarias también para la propia subsistencia, o volcándonos en algo tan irrenunciable como encauzar a los hijos, darles una carrera, pagar hipotecas, solucionar problemas de cualquier índole, etc., etc. Y todo ello ha transcurrido, como solemos decir en lenguaje coloquial, "sin darnos cuenta". El resumen de tanta vorágine quizá llegue a compendiarse algún día en un triste epitafio que alguien haga figurar sobre nuestros ajetreados huesos y que diga: "Aquí yace un despistado, digno de lástima, que tuvo tiempo para ocuparse de todo menos de sí mismo".

¿Mis palabras parecen una caricatura desmesurada? Las creo, por desgracia, más

cercanas a lo real que a lo caricaturesco. La desmesura se halla en esta sociedad en la que vivimos, una sociedad que nos hace ir espasmódicamente de acá para allá y sólo como ella (¡no como nosotros!) sólo como ella ordena y quiere.

Decía más arriba que los masones escocistas tenemos la suerte de contar con un rito precioso, el R. E. A. A. que, a quienes lo practicamos, nos ofrece otro estilo y otra filosofía de vida que no poseen los profanos. Gracias a él, podemos adentrarnos en nuestra propia esencia y tener una visión realista y global del mundo en el que nos hallamos. No se trata de una visión fragmentaria o ideológicamente fanatizada del hombre que somos o de la sociedad a la que pertenecemos, pues el R. E. A. A. nos facilita, y ahora vamos a abundar en ello, un encuentro privilegiado con nuestra verdad y con la verdad de una humanidad en la que los masones especulativos vemos el templo que hemos de reconstruir y mejorar a diario. Es un rito elaborado a lo largo de más de doscientos años y nos regala reflexiones, matices, razones y causas que no contemplan

quienes a la sociedad y al hombre se acercan desde parcialidades egoístas y sectarias. De la intensidad con la que vivamos nuestro rito, depende que sepamos aprovechar o no la oportunidad que brinda a quienes buscan disfrutar de una existencia con la solidad suficiente para no ser arrastrados por el torbellino vital que acabo de señalar.

Deseo ir a lo concreto. Deseo señalar ahora algunas de las innumerables enseñanzas que, a lo largo de sus 33 grados, el camino iniciático escocista brinda a los masones con el fin de que las sustanciemos en nosotros y alcancemos plenitud humana, ética, racional y moral. Esas enseñanzas se hallan contenidas en nuestros manuales de instrucción, pero son tan numerosas que, en breves minutos, resulta imposible traerlas todas hasta aquí. Sólo asimilando adecuadamente el contenido que se nos va desgranando en cada una de las 33 paradas del camino iniciático, sólo así alcanzaremos a valorar adecuadamente la fantástica oportunidad de la que disponemos quienes recorremos esta senda de perfeccionamiento personal.

Ya en los tres primeros grados se nos habla del control de los propios sentimientos, del imprescindible uso de la razón, de la obligatoriedad que adquirimos, llegados al magisterio, de abrir los ojos a quienes deseen tenerlos bien abiertos y de luchar contra la ignorancia, el fanatismo y la superstición. Más tarde, en el filosofismo, se nos induce a meditar sobre la consciencia, uno de los tres grandes misterios (junto al del universo y al de la vida) que nos encontramos al nacer. Desde la consciencia, emanación de aquella Causa de todas las causas a la que Pablo de Tarso denominó *"Ens abscónditus"* cuando se dirigió a los magistrados del Areópago ateniense, resulta natural elevar la mirada al Gran Arquitecto del Universo, símbolo de símbolos masónico, placenta generatriz de cuanto existe, que mantiene al Cosmos mediante leyes eternas y que, de la materia inorgánica, ¡del barro, como asegura la Biblia!, nos cinceló a mujeres y hombres, nos dio libertad para escoger entre el mal o el bien y al mal nos hizo considerarlo como una horrísona disonancia en la Gran Armonía Universal de la Creación con la que, en tanto que seres racionales, debemos identificarnos.

Otros grados nos plantean temas tan necesarios para sentirnos humanos como el tema de la búsqueda incansable de la verdad, el cultivo de la tolerancia, la grandeza de la filantropía, la práctica de la igualdad social, el respeto a la familia, al país en el que nacemos o vivimos, la admiración por la autenticidad y el horror por la bajeza y la mentira, la defensa a ultranza de la justicia, del trabajo, del honor y del deber, el desprecio por el vicio, la lisonja y la vanidad…

Se ha dicho que la Masonería es una escuela fantástica de formación de ciudadanos y las enseñanzas escocistas dan buena prueba de que tal afirmación es cierta. Sin embargo, ni la Masonería en general ni el R. E. A. A. en particular pretenden ser infalibles y no imponen a nadie lo que debe creer. Son un camino filosófico de búsqueda

en el que se acumulan experiencias pasadas y en el que se plantean las más elevadas cuestiones que han ocupado desde siempre las inquietudes de aquellos que no se dejan llevar por dogmas ajenos, que se oponen a vivir desbordados por el torrente social y se niegan a ser mero instinto y mera biología.

Sirviéndose de leyendas, símbolos y mitos, el iniciado escocista va encontrando respuestas a las tres preguntas que un día se le hicieron en la cámara de reflexión antes de recibir la luz masónica. Son respuestas relacionadas con los deberes que mantenemos con nuestro misterioso creador, con los demás hombres y con nosotros mismos.

Con respecto a los demás seres humanos, diversos grados del Rito Escocés se detienen en pormenorizar lo que entiende por derechos y deberes del individuo, soberanía de los pueblos, progreso moral e intelectual, etc. Preconiza la igualdad de mujeres y hombres, la defensa del niño, de las minorías y de los débiles, los compromisos del patrón y del asalariado, las responsabilidades de los líderes sociales, la atención que hay que dar al que necesita justicia, al que tiene otro color distinto en su piel o practica confesionalidades diferentes a las nuestras o, por llegar de países lejanos, al que solicita asilo y protección. Habla de justicia frente a venganza, de virtud frente a impudor, de

Sirviéndose de leyendas, símbolos y mitos, el iniciado escocista va encontrando respuestas a las tres preguntas que un día se le hicieron en la cámara de reflexión antes de recibir la luz: los deberes que mantenemos con nuestro misterioso creador, con los demás hombres y con nosotros mismos.

En lo que se refiere a la divinidad, la Masonería y el R. E. A. A. (igual que respetan la filosofía que cada ciudadano desee abrazar) no propagan ningún credo, excepto el credo sublime de la religión universal enseñada por la Naturaleza y la Razón. Sus logias nada tienen que ver con los templos judíos, musulmanes o cristianos y nuestra Orden hace hincapié en el respeto a todas las religiones, extrayendo la verdad que los diversos credos contienen. Intentar, como antes he indicado, abrir los ojos a los demás no es sacárselos para que dejen de ver aquello que les consuela ver y creer. Debemos permitir que el descubrimiento del rostro auténtico del Gran Arquitecto, al que otros llaman legítimamente Logos, Tao, Numen Inefable, Natura Naturans, Abbá, Padre, Dios…, debemos dejar que ese gozoso descubrimiento lo realice cada cual.

verdad frente a mentira. Proclama la nobleza de la fidelidad, del altruismo, de la benevolencia, del espíritu pacificador… En definitiva, se nos enseñan valores que, llevados a la práctica de forma generalizada, harían que la convivencia de unos con otros en la sociedad estuviera exenta de crispaciones y problemas.

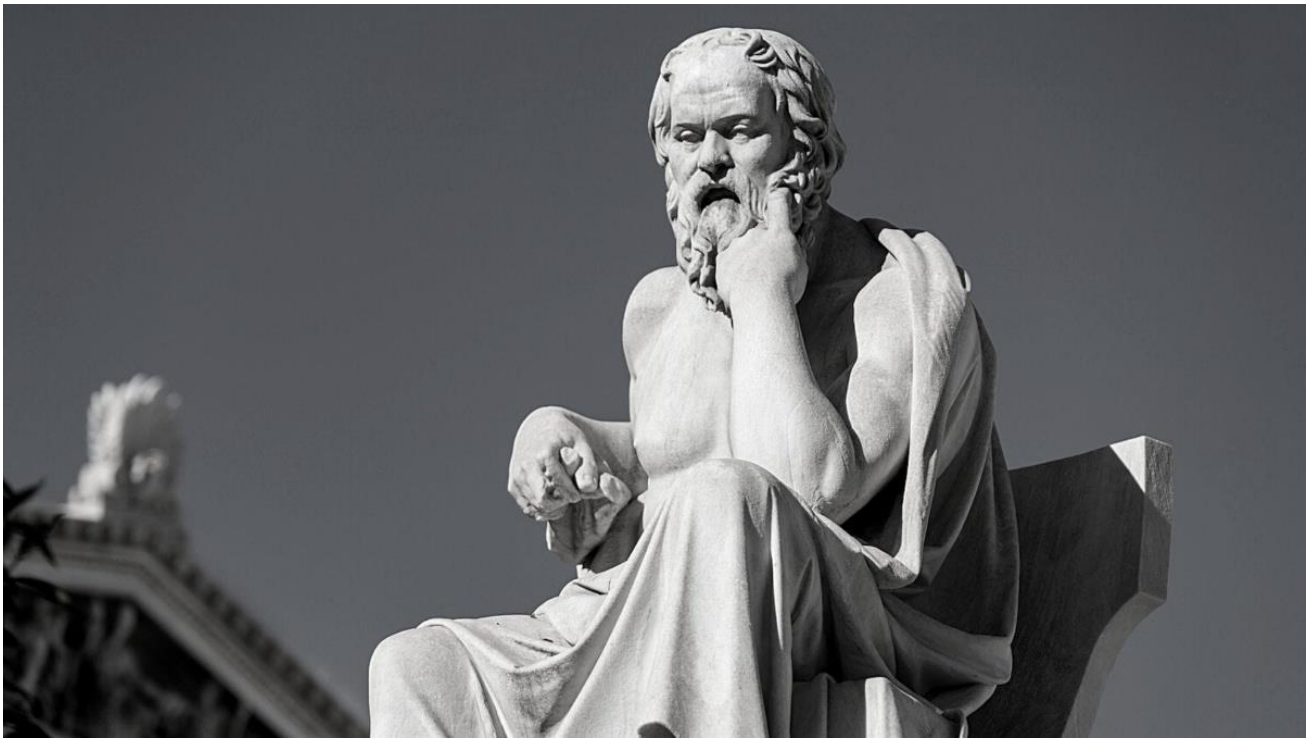
Con respecto a lo que nos debemos a nosotros mismos, el R. E. A. A. nos anima a disfrutar la fascinante sorpresa de habernos hallado un día cubiertos de piel, asaeteados por venas de sangre caliente, sostenidos por músculos, gobernados por un cerebro que es obra maestra de la evolución, con ojos que nos permiten asomarnos a la realidad de otros seres y a la inmensidad del universo. ¡Vivimos!, y vivimos dotados de razón, gozando la prerrogativa indescriptible de poder reflexionar y el maravilloso privilegio

de ser barro, sí, pero un barro que, sin embargo, logra mirarse a sí mismo por dentro y puede amar, reír, soñar, emocionarse, enternecerse ante un niño, construir catedrales, componer hondos poemas o bellísimas melodías. Nuestro rito nos hace verificar también, con absoluta serenidad, la realidad de la muerte y la indescriptible oportunidad que se nos ha dado de ser, durante un puñado de años, brizna de luz entre dos océanos infinitos de sombra. El escocismo hace suya la invitación inscrita hace siglos en el templo de Apolo en Delfos, *gnothi seauton*, que los latinos tradujeron por *nosce te ipsum*, y estimula a los iniciados a que nos conozcamos y nos valorarnos objetivamente. Nos alienta a que, partiendo de lo que ya somos, intentemos mejorar en beneficio propio y en beneficio de los demás.

A pesar de cualquier limitación genética, ambiental o educacional que suframos, disponemos de suficiente autonomía para acercarnos lo más posible a la Ley Natural que llevamos escrita en los códigos del alma y que nos prescribe amar lo noble y despreciar lo innoble, viviendo con el sentido de orden que nos marca el cosmos y evitando convertirnos en seres que hacen chirriar la Verdad, la Belleza y la Armonía de la Creación.

Ante las serias obligaciones que tenemos con el Misterio, con los demás hombres y con nosotros, nos cave la tranquilidad de poder cumplirlas y aceptamos el hecho de que vivir es un proceso delicado, con días de luz y días de sombra, con aciertos y yerros, con momentos de robustez y momentos de flaqueza. Se nos enseña también a perdonarnos y a intentar guardar cierto equilibrio entre las exigencias que debemos asignarnos y las concesiones que podemos permitirnos, entre los horizontes a los que orgullosamente nos es lícito aspirar y las metas que, con humildad, hemos de reconocer que trascienden nuestras posibilidades y no alcanzaremos nunca. La meta y el horizonte a los que nos lleva el camino iniciático, fundamentalmente, son el horizonte y la meta de encontrarnos con nosotros.

Para los profanos que desean no desperdiciar torpemente sus vidas, existen sin duda otras vías y otras formas de escapar de la inconsciencia y de la mediocridad a las que lleva el torbellino de esta sociedad nuestra en la que abundan las prisas, los consumos compulsivos, las futilidades o los compromisos permanentes. Existen otras vías respetables, pero la nuestra es el escocismo y, a quienes la seguimos, nos parece útil y hermosa.

Termino confesando que, con quienes nunca nos identificaremos los masones escocistas, es con aquellos que no necesitan conocerse ni intentan de un modo u otro (en la medida de lo posible) ennoblecer al máximo sus vidas. Tampoco con los que declinan el deber de trabajar no sólo en beneficio propio, sino en beneficio de la

sociedad en su conjunto para que no sea una ingenua utopía que la ética llegue a regir cuanto antes las relaciones entre los hombres, una ética transcultural, sin fronteras, elaborada por lo más puro que los humanos atesoramos en nuestra mente y en nuestro corazón; para que no sea una utopía alcanzar una moral que rebose noble racionalidad y sentimientos nobles, despojada de mitos, dogmatismos, esclavitudes e ignorancias; una moral y una ética que sólo llegarán cuando todos nos propongamos traerlas e introducirlas en nuestro diario vivir. Sí, nos resulta imposible comprender a quienes dan la impresión de pasar por la existencia reptando, sin levantar la mirada hacia cuanto les rodea, sin interrogarse ni sentir curiosidad por ir alguna vez, (¡alguna vez al menos!) a los hondones de su espíritu y al laberíntico mundo numinoso que nos imbuye por dentro y por fuera. ¿Merecerá la pena nacer y descubrirnos hombres para comportarnos como meras veletas a las que el aire de la vida mueve a su antojo y el torrente de los acontecimientos sociales anega por completo, arrastrándonos hasta donde él quiere? Conocernos, programarnos, pulirnos, tomar consciencia de nosotros mismos y tomarnos muy en serio, ¿no será la principal misión que nos facilita el R. E. A. A. y que nos encomendó el Gran Arquitecto cuando nos vistió de carne y de sangre, cuando nos regaló ojos, músculos y cerebro, cuando nos otorgó el don de la reflexión y, durante un breve período de años, nos convirtió en brizna de luz entre dos océanos infinitos de sombra?